

Darío; y, en un sentido meramente material y positivista, desde que empezó a existir Félix Rubén García Sarmiento y tres siglos antes. Menos aún caería yo en el no poco frecuente extremo del extremoso que osa afirmar que Nicaragua existe por existir Rubén Darío. Digo, eso sí, que sin reniego alguno de su más concreto y local origen, la atención e incluso la emoción del poeta fueron movidas primero por la unidad centroamericana, dentro de la cual el solar nicaragüense era una parte, si preferente en la vibración cordial, semejante a las demás en la inteligente consideración, también afectiva, del común interés político. Lo proclama así el título mismo de uno de los poemas juveniles: «Nicaragua entre sus hermanas», donde declara anhelar la unión de todos; y lo reiteran los varios poemas a Máximo Jerez, el dedicado a Morazán y el titulado «La primera diana». La misma idea alienta en «El organillo», donde un anciano venerable, con ese aparato musical al hombro, va recorriendo las «cinco tierras» centroamericanas y cantando a cada una la canción de la unidad, cantar que será—agrega el poeta por su cuenta—«el verbo de mañana».

Frisaba el poeta en los catorce años cuando esos versos escribía y publicaba en lecturas y letras de imprenta, y sólo había cumplido dos más cuando dedicó al general Justo Rufino Barrios el poema «Unión Centroamericana». Ya hablaba entonces, según dice, «en nombre de una idea; / en nombre de un partido y de un derecho», y pedía que lo soñado se convirtiera en política realidad material. El verso juvenil es aquí todo lo endeble que se quiera, pero encendido y vibrante, dentro de ese son típico de no poca poesía hispanoamericana y española del siglo XIX, si se exceptúa a Bécquer:

Si las naciones

*en terrible marasmo,
no sienten palpitar sus corazones
y dormitan sin fe, sin entusiasmo,
faltas de aspiraciones;
si a la voz del deber no dan oídos
ni a los gritos de aliento
de patrióticos pechos, encendidos
con el fuego de un puro sentimiento;
si a la palabra sorda se presentan
y a la luz de la santa poesía,
y a la razón, que es luz también, intentan
convertir en fantástica utopía;
entonces, que haya un alma gigantesca
que a los pueblos despierte de su sueño
y que con mano audaz salve la idea
que hace grande al pequeño.*

Una medusa de fuego, llamada Discordia, estaba atizando el horno de la «pasión artera», y había lucha entre hermanos. Pero los pueblos, que siempre comprenden la necesidad de desarrollar los grandes movimientos, esperaban la mano que supiera conducirlos, como la de Morazón, la de Valle, la de Barrundia, la de Cabañas, la de Gerardo Barrios, la de Jerez:

*¡Los pueblos tienen fe! ¿Quién no desea
la Unión de estas naciones,
obra que las eleva y endiosea?
Que se acaben los odios y ambiciones,
pues sobre todo está la gran idea.*

En esta misma línea unionista están el «Brindis a los presidentes de El Salvador y de Nicaragua», el 15 de agosto de 1884; otro poema titulado también «Unión Centroamericana», leído en el banquete dado por plenipotenciarios de Centroamérica al presidente de El Salvador el 20 de octubre de 1889, y el «Brindis al doctor Francisco Lainfiesta, plenipotenciario de Guatemala», del mismo año, en el que le llama «campeón del bien centroamericano» y brinda:

*¡Por el soberbio clarín
que toque la primer diana
de Unión Centro-Americana
del uno al otro confín!*

Rubén Darío deseaba la Unión de Centroamérica:

*para que cesen las tempestades;
para que venga el tiempo de las verdades;
para que en paz coloquen los vencedores
sus espadas brillantes sobre las flores;
para que todos seamos francos amigos,
y florezcan sus oros los rubios trigos;
entonces, de los altos espíritus en pos,
será como arco-iris la voluntad de Dios.*

Porque el gran maestro lírico no hablaba sólo—y he aquí una primera confirmación de lo afirmado hace un momento—de la patria:

*De las patrias, diré, que ambos miramos,
del local adornado los extremos:
el de la patria chica que tenemos
y el de la patria grande que aguardamos.*

Y de esa «patria grande» centroamericana es, precisamente, la fresca y jugosa visión «Del trópico», que escribió en la hacienda «La

Fortuna», en El Salvador, en agosto de 1889, cuyos sonoros versos decasílabos son puro gozo del oído:

*¡Qué alegre y fresca la mañanita!
Me agarra el aire por la nariz;
los perros ladran, un chico grita
y una muchacha gorda y bonita,
junto a una piedra, muele maíz.*

... ..
*Sonriendo a veces a la muchacha,
que de la piedra pasa al fogón,
un sabanero de buena facha
casi en cuclillas afila el hacha
sobre una orilla del mollejón.*

*Por las colinas la luz se pierde
bajo del cielo claro y sin fin;
ahí el ganado las hojas muerde,
y hay en los tallos del pasto verde
escarabajos de oro y carmín.*

... ..
*Y la patrona, bate que bate,
me regocija con la ilusión
de una gran taza de chocolate,
que ha de pasarme por el gáznate
con las tostadas, y el requesón.*

Dentro de la «patria grande que aguardamos», la «patria chica que tenemos». En Centroamérica, Nicaragua, y en Nicaragua, el corazón, inmenso e infantil, del poeta. Sólo unas cuantas notas recogidas al azar del constante recuerdo rubendariano de su región natal. Si atendiéramos a lo más liviano, incluso a lo más agraz de la producción poética rubeniana, habría que aludir, en primer lugar, al quinceañero poema «Prensa nicaragüense», en el que hace la crítica, con fina y graciosa ironía, de los periódicos contemporáneos: *El Termómetro, El Centroamericano, El Republicano, El Zurriago, El Verdadero Estándarte, El Ateneo, El Porvenir de Nicaragua, El Ferro-Carril, El Cardenista, La Verdad, La Unión Nacional, La Tribuna y El Cable*. Más representativa es, sin duda, la dedicatoria a Nicaragua—compartida con la República Argentina—de un libro fundamental: *Cantos de vida y esperanza...* Pero llegando a lo más hondo, la «patria chica» es, sobre todo, la tierra y el recuerdo de la tierra. Tierra del poeta, hecha «de vigor y de gloria», tierra hecha «para la Humanidad»:

*Pueblo vibrante, fuerte, apasionado, altivo;
pueblo que tiene la conciencia de ser vivo,
y que reuniendo sus energías en haz*

*portentoso, a la Patria vigoroso demuestra
que puede bravamente presentar en su diestra
el acero de guerra o el olivo de paz.*

La patria, ya se ha dicho, puede ser pequeña y es, sin duda, «patria chica», pero siempre se sueña grande. Las ilusiones, los deseos, las esperanzas, le decían a Rubén Darío que «no hay patria pequeña». Por eso, León fue para él, a la hora del «Retorno», como Roma o como París, porque «no hay miel tan deleitosa, tan fina y tan fragante / como la miel divina de la tierra natal». La tierra recordada. En enero de 1888, desde Santiago de Chile, Rubén añora su patria nicaragüense, desea volver a hundirse en ella, porque la siente cerca, pero la ve distante:

*Yo me voy a mi tierra, lejos, muy lejos,
donde hay bosques de encinas y robles viejos
y lagos muy azules, y rudos montes,
atalayas que atisban los horizontes,
y de arrebol
coronan su cabeza,
cuando la diana empieza
que anuncia el Sol.*

*En la floresta indiana con sus rumores,
sus pájaros y fieras, nidos y flores;
con el himno salvaje que el viento toca
en su harpa, que es el pino sobre la roca.
Luego, el azul,
los frescos platanales,
los verdes cafetales
y el abedul.*

Andando el tiempo, en diciembre de 1907, el poeta vuelve a su tierra y va de paseo al pueblo de Masaya, «región hechicera» que le atrae poderosamente. No quiere salir de allí, no quiere decir adiós. Desea, en fin, verla de nuevo antes de morir, y mientras tanto pide a Dios que la bendiga y le conceda el don de una primavera perenne. Después, constante en el recuerdo, Rubén seguirá mirando a su tierra cuando el fin esté próximo:

*¡Tiempo lejano ya! Mas aún veo azahares
en los naranjos verdes, impregnados de aromas;
a las viejas fragatas que llegan de los mares*

*lejanos; o el hicaco, o tupidos manglares;
o tú, rostro adorado en ese tiempo, asomas
con primeros amores y primeros pesares.*

3. CHILE, SEGUNDA PATRIA

De Nicaragua, de Centroamérica, a Chile. Viaje lírico, pero viaje real, y tan objetivamente real, tan geográfico como lírico y, especialmente al principio, doloroso. Empezó por el asombro y acabó igual que había empezado, porque Chile es una perpetua maravilla asombrosa. ¿Y Rubén? «Al ver las costas de Chile / no sé qué sentí en el alma». ¿Y quién no se ha quedado ante Valparaíso «toda ciencia trascendiendø»? Lo que sintió Rubén Darío al contemplar las costas chilenas, la locura geográfica de esa luminosa espada que Sudamérica se ciñe a su costado, lo expresó en múltiples poemas —reunidos después por Alfonso Méndez Plancarte, bajo la común denominación de «otros cantos chilenos»—, escritos entre 1886 y 1889 y que dedica al paisaje, al amor, a la mujer chilena, a figuras y personalidades de la historia de aquel país y a otros temas varios y dispersos, entre los que destaca, a veces, alguno de mayor aliento o de mayor interés, como el dedicado «Al obrero» con motivo de la celebración del aniversario, en febrero de 1889, de la Liga Obrera de Valparaíso; poema, por cierto, auténticamente social, del que podrían y deberían aprender mucho tantos bardos, siempre repetidos, al uso y al abuso de nuestro tiempo.

Chile es, además, la patria de *Abrojos* y de *Azul...* En Valparaíso, precisamente, vio la luz la primera edición de este libro revolucionario. Y Chile es la «segunda patria» del poeta, que así lo nombra en la dedicatoria al presidente José Manuel Balmaseda del «Canto épico a las glorias de Chile». El texto de este poema, premiado en un concurso poético, comienza, en efecto, con las palabras invocativas «¡Oh Patria! ¡Oh Chile!», y el autor se nacionaliza; mejor, se naturaliza al escribir: «Nosotros, los chilenos.» Se trata de celebrar cantando las glorias de Chile y, sobre todo, la victoria chilena sobre los peruanos. Lugar: Iquique. Héroe de la jornada: Arturo Prat, «el marino, el guerrero / humilde, que el destino / tornara digno de la voz de Homero». La muerte de Prat en aquella ocasión heroica representa «la gloria / más grande y pura en la chilena historia». La descripción poética del combate naval —«el combate más vasto que vio América / sobre las anchas olas del Pacífico»— es de un buen estilo épico, que alcanza, en ocasiones, cimas de gran belleza al narrar la lucha entre las naves peruanas *Huáscar* e *Independencia*, y las chilenas *Esmeralda* y *Covadonga*. Al final, caído Prat, la *Esmeralda* se hunde, pero Chile gana la guerra.

Chile, segunda patria. He aquí el secreto sentido de la reciente filiación rubendariana de Pablo Neruda, que acaba de llamar a Darío «mi padre poeta» en el mismo corazón de Managua. Tenía que suce-

der, y ha sucedido: el poeta chileno ha encontrado al poeta de América, el 18 de enero de 1967, justo cuando se cumplía un siglo del nacimiento rubeniano. El contacto viene, sin embargo, de lejos:

*Encontré a Rubén en las calles de Valparaíso,
esmirriado aduanero, singular ruiseñor que nacía:
era él una sombra en las grietas del puerto, en el humo marino,
un delgado estudiante de invierno desprendido del fuego de su natalicio.*

¿Pero qué va hacer Rubén Darío en Chile, él, poeta transatlántico, conminado por la pared geológica de los Andes a arrojarse al Pacífico y perderse o estrellarse contra las costas de un Oriente que él ya había inventado? Neruda le señalará la disyuntiva:

*reclama un camino que corte el granito de las cordilleras
o súmete en las vestiduras del humo y la lluvia de Valparaíso.*

Para Rubén no había opción, en realidad. Su vocación, su deber continental, sus otras patrias americanas, su patria española le esperaban. El camino cortó, en efecto, la dura roca andina. Abrióse ante él, suave, verde, rubio mapa de pampa y trigo, el campo y canto de la República Argentina.

4. ARGENTINA, CANTO

«Yo, que de la Argentina tierra siento el influjo en mi mente», escribió Rubén Darío, en el poema «In memoriam'. Bartolomé Mitre», de *El canto errante*. Fue, pues, a llevar su palma y su canto a la gran república platense, y resultó que la Argentina misma se le transformó en cantar. «Tierra fragante como un nido / rumorosa como una colmena y agitada / como un mar», es la «región de la aurora», la «tierra abierta al sediento / de libertad y de vida / dinámica y creadora». También estaba escrito: el poeta, ávido precisamente de esos dos elementos, tenía que ir a la gran nación del Plata, y allá fue con la ilusión, el fervor y la esperanza del emigrante lírico. Argentina es —he aquí, justamente, lo esencial— la tierra salvadora de los pueblos del éxodo, de los pueblos emigrantes:

*Te abriste como una granada,
como una ubre te hendiste,
como una espiga te erguiste
a toda raza congojada,
a toda humanidad triste,
a los errabundos y parias*